

Ricardo Lladosa

UN AMOR DE REDON



Fórcola/Ficciones

UN AMOR DE REDON



UN AMOR DE REDON

Ricardo Lladosa

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Directores de la colección: Amelia Pérez de Villar y Javier
Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Composición digital: Pablo Barrio

Detalle de cubierta:

Mujer con velo, 1890-1898, Odilon Redon

Primera edición: septiembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2019

© Ricardo Lladosa, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

c/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-17425-61-6

Edición digital ePub, 2020

A Marta, mi amor

El mundo desea ser engañado; engañémoslo.

PETRONIO

Bajo un amplio cielo gris, en una vasta llanura polvorienta, sin caminos, sin hierba [...], encontré a varios hombres que caminaban encorvados.

Cada uno llevaba una enorme Quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón [...] Interrogué a uno de esos hombres y le pregunté a dónde iban así. Me contestó que ni él ni los demás lo sabían; pero que evidentemente iban a alguna parte, ya que los impulsaba una invencible necesidad de caminar.

CHARLES BAUDELAIRE

Usted agita en nuestros silencios el plumaje de los sueños y de la noche.

STÉPHANE MALLARMÉ,
Carta a Odilon Redon

Mi deseo hubiese sido [...] nacer en medio del oleaje [...] en un lugar sin patria sobre el abismo.

ODILON REDON

Alrededores de Burdeos,
verano de 1894

SEGUÍ AL SEÑOR LEGRAND a través de los corredores del castillo hasta llegar a lo que más tarde pude comprobar que era el torreón norte -¿debo confesar al comienzo de este relato mi escaso sentido de la orientación?-. Legrand dejó sobre la cama mi equipaje de mano y me dijo: «Estamos a su entera disposición para lo que desee, señor Redon», pero presentí que ni su tono ni su rictus eran sinceros. Hablaba como si repitiera una fórmula aprendida y sus sentimientos fueran opuestos a dicha fórmula, fruto de la más exquisita hipocresía aristocrática.

De cualquier modo, quedarme al fin solo fue un alivio. Necesitaba poner mis ideas en orden tras los acontecimientos de esa mañana, que ahora se agolpaban en mi mente. Sin embargo, mi primera decisión fue evadirme por completo de la realidad, observar el mobiliario de la alcoba que me habían asignado.

Al estrecharme la mano para despedirse, el señor Lévy me dijo que se había tomado la libertad de prepararme un aposento, por si el trabajo me obligaba a pernoctar en el castillo. «Aunque, por supuesto, esto último lo dejo a su elección. Si lo desea, pongo a su servicio mis carruajes, que lo llevarán a Peyrelabade tras el almuerzo.» En este sentido, Lévy se mostró cortés, ¿a quién le apetece recorrer

quince kilómetros cada mañana y cada tarde? El traqueteo, la canícula, el polvo del camino resultan difícilmente soportables en verano. En cuanto se cerró la puerta, me aflojé la corbata y abrí de par en par los ventanucos de la alcoba para que la estancia se aireara y perdiera el olor a cerrado: ese olor rancio, centenario, casi bíblico que embargaba aquel lugar perdido en medio del campo.

¿Cómo y por dónde empezar la narración? Durante una época de mi vida fantaseé con ser escritor. Fueron los años de mi juventud en Burdeos, cuando mi querido amigo Armand Clavaud me descubrió a Baudelaire, a Poe y a Flaubert. Él era botánico, pero con sus escasos ingresos adquiría soberbios volúmenes que se convertían en los grandes tesoros de su biblioteca, como esas magníficas ediciones de epopeyas hindúes: el *Ramayana*, el *Mahabarata*... Pobre Clavaud, cómo lo echo de menos. Hace ya cuatro años de su muerte y cada vez que voy a Burdeos me acuerdo de nuestras veladas. Yo por entonces era un joven apasionado y quizá algo grandilocuente; idealista, debería decir. Él me escuchaba sin desmayo, con los labios descansando en la punta de sus dedos índices. Tan sólo en alguna ocasión se le escapaba una sonrisa imperceptible. Por aquel entonces, pensaba que le divertían mis ocurrencias. Ahora comprendo que aquellas sonrisas no estaban exentas de ironía. ¿Seguiría siendo yo tan apasionado como lo era entonces?, me pregunté mientras sacaba del equipaje de mano los libros que siempre me acompañan: *Las flores del mal*, *La tentación de san*

Antonio, las *Narraciones extraordinarias* de Edgar Poe traducidas por Baudelaire, la *Herodías* de mi querido Mallarmé...

«Si metes más libros, no te van a caber los pantalones», me dijo Camille al alba. Justo después me anunciaron que el carruaje de los Lévy esperaba ya en la puerta de Peyrelabade.

Los quince kilómetros -o las tres leguas, como dijo el cochero- se me habían hecho interminables. El Médoc era una región infinita. El océano, que antaño ocupaba los espacios desiertos, dejó en la aridez de los suelos arenosos un soplo de abandono, de abstracción. De tramo en tramo, un conjunto de pinos emitía un continuo y triste susurro rodeando y dibujando una aldea, o algún redil de ovejas. En lontananza se divisaban bellos álamos solitarios, el hierro pesado de las vías del tren. Ese susurro de los pinos bajo el viento que venía de alta mar deshaciendo el silencio extremo de los brezales que bordeaban el gran río Garona, a cuyos lados se extendían viñedos infinitos. El vino en esta región era como un licor de vida, dominaba las esperanzas de los campesinos. Era uno de los fermentos del espíritu francés; era también el licor del sueño, que exaltaba hasta la masedumbre. Y cuando se llegaba hasta el mar, frente a alfombras de arena anchas y movedizas que formaban dunas desmoronadas, se divisaban algunos bañistas: seres que parecían irreales en la lejanía, en medio de un país sin vida y sin cultura, medio muerto y salvaje, confinado todo él al océano. El Atlántico, con su pertinaz estruendo,

sostenía propuestas extrañas. Las voces del infinito estaban frente a todos nosotros. Apenas se divisaba vida humana. Sobre el horizonte marino, ni un solo buque. Tan sólo alguna vela medio oculta, como los escasos bañistas. Y yo me decía: pintor, ve a ver el mar; verás las maravillas del color y de la luz, el cielo fulgurante. Sentirás la poesía de la arena, el encanto del aire: regresarás a casa más fuerte y repleto de grandes acentos...

Más allá del mar, entre los viñedos infinitos, a la sombra de álamos o robles solitarios había también angostos caminos por los que debían pasar los carruajes. Conducían hasta pulcras mansiones, como el castillo de Pantenac... Pero ya es hora de que explique, desde el principio, por qué había ido a parar allí.

Todo comenzó en el salón de la casa de mi querido Mallarmé, en el número 87 de la parisina calle de Roma. Era un martes de comienzos de primavera, a medianoche. Lo recuerdo perfectamente. El humo denso del tabaco nublaba nuestras caras en el pequeño comedor atestado de obras de arte de todos los presentes, incluido yo mismo. Si no recuerdo mal, aquella noche estábamos allí el crítico Mauclair; los escritores Pierre Louÿs, Catulle Mendès, Joris-Karl Huysmans, Édouard Dujardin y André Gide; los pintores Auguste Renoir, James Whistler, Paul Gauguin y yo mismo; el músico Claude Debussy... Pero fue el poeta Paul Verlaine quien nos anunció la visita de un joven de Burdeos, un muchacho encantador que se había presentado

en la pensión de mala muerte donde vivía para confesarle su íntimo deseo de conocernos a todos.

-Lo normal es que mande a paseo a este tipo de jóvenes -afirmó Verlaine-, pero Lucien Lévy es un tipo especial, un muchacho distinto... -Se hizo el silencio.

-Tenga usted cuidado, Verlaine, no vaya a pasarle como con aquel joven que se marchó a las colonias...

Mallarmé se había permitido el lujo de ironizar sobre el malogrado Rimbaud. Hubo alguna risita sorda, que se perdió entre los cuadros y las esculturas mientras Geneviève -la hija del anfitrión- servía absenta a los tertulianos con expresión de matizado disgusto.

-¿Qué le hace pensar tal cosa? -respondió Verlaine, y soltó una risotada antes de vaciar nuevamente el vaso de licor.

El caso es que Lucien se presentó a continuación, como si todo estuviera previsto de antemano. Portaba en su mano derecha una caja de botellas adornadas con lazos, que regaló a los presentes -fue el primero de sus muchos regalos-. En aquella ocasión, se trataba de su bebida preferida: el vino Mariani con extracto de cocaína, recomendado por su santidad el papa León XIII como bebida medicinal y reconstituyente. Verlaine estalló en una nueva carcajada mientras palmeaba la espalda del joven.

¿Qué puedo decir de Lucien? Era, en efecto, un muchacho encantador. ¿Sería su pelo rubio encrespado? ¿Serían los ojos azules? ¿O quizá ese fulgor que sólo

confiere la juventud? Ese fulgor, sí, que nos hacía perdonar la mediocridad de sus versos.

Era el hijo único de David Lévy, un afamado banquero de Burdeos. Las jóvenes más bellas de Aquitania lo pretendían en matrimonio, le mandaban cartas. Pero él no respondía ninguna, o si lo hacía era para divertirse un rato con las pobres criaturas, para hacerles concebir esperanzas que más tarde se disolvían porque los padres de las doncellas interceptaban poemas de contenido lujurioso o escatológico que les enviaba el rico heredero.

El caso era que deseaba ser poeta, marcharse a París y vivir la bohemia; levantarse por la noche y acostarse por la mañana; beber vino, absenta, láudano. Aspiraba el pobre a convertirse en una celebridad de la poesía. Por eso ansiaba conocernos. Y lo reconocía sin ambages, ante la sorpresa de los presentes. Recuerdo perfectamente que Mallarmé no sabía qué decir, con su botella de vino entre las manos. Pero no hacía falta decir nada, porque era Lucien quien hablaba, quien nos preguntaba y adulaba. A mí, en concreto, me cogió en un aparte y me manifestó su devoción. Ardía en deseos de conocer a Odilon Redon -me dijo- desde que leyó *A contrapelo*, la novela de Huysmans donde se describían mis grabados. «Esa araña con cabeza de hombre de su carboncillo -me dijo- todavía aparece en mis pesadillas...». Y tuve la impresión de que sus palabras eran sibilinamente falsas, que la araña en cuestión nunca había aparecido en sus pesadillas y lo decía únicamente para caerme bien. Pero en el caso de Lucien esa impresión

era siempre sutil, incierta. No es que yo desee ser halagado, no era ésa la cuestión, mi vanidad a día de hoy está más que cubierta. Lo que me interesaba de su tono era esa indefinición, esa imposibilidad de saber si era o no sincero... Porque, al fin y al cabo, ¿qué buscaba un rico como él de nosotros, que andábamos siempre justos de dinero? No parecía un mecenas, ni un coleccionista de arte, y su mediocridad literaria no le permitía en modo alguno codearse con el resto de literatos del salón. Entonces, ¿qué buscaba? ¿Tal vez sólo ser admirado? Si tal era su propósito, era un ingenuo y, sin embargo, no lo parecía. En fin, tuve la impresión de que el personaje iba a interesarme por ese motivo: porque no podía terminar de comprenderlo.

Y tampoco llegué a entender cómo no fue él a buscarme a la estación de Burdeos cuando llegué allí procedente de París. Me encontré, en cambio, al cochero de los Lévy esperándome en el andén, con instrucciones de conducirme hasta el castillo de Pantenac, en el Médoc, a tres leguas, o a catorce, o a quince kilómetros de Peyrelabade, donde me esperaba mi mujer, Camille, que había llegado allí hacía una semana.

El cochero no me dijo su nombre, era un tartamudo con sombrero hongo que fumaba en pipa mientras sostenía las riendas con solemnidad, hasta que paró frente al castillo, junto a una hilera de castaños centenarios que ocultaban los viñedos infinitos. Las hileras de vides seguían el curso de las suaves colinas que se prodigaban ante nosotros.

«Pantenac», dijo el cochero sin ganas, y vi salir por la puerta al señor Legrand con su levita negra perfectamente planchada. «Usted debe de ser el señor Odilon Redon, ¿me equivoco?» «No se equivoca. Deseaba ver al señor Lucien Lévy, si no es inconveniente...» Hablé con seriedad y un punto de ironía, pero Legrand, o no entendió mi tono de reproche, o le resultó indiferente, porque contestó con neutralidad, sin excusarse en nombre del aludido. «El señorito Lucien no se encuentra aquí, le recibirá su padre: el señor Lévy.» Y en esas últimas palabras sí note un claro reproche, pero tan matizado que resultaría imposible detectarlo para alguien que no supiera de dónde provenía. «Muy bien, de acuerdo», concedí, y me senté en una butaca de terciopelo del zaguán.

Pero no había concluido mi relato, el motivo por el cual me hallaba en aquel lugar: la casa familiar del poeta que nos había presentado Verlaine aquella primavera en el salón de Mallarmé. Después de la primera velada, Lucien se hizo asiduo del salón. Venía todos los martes y también nos lo encontrábamos en los cafés de noche -pues durante el día dormía sus borracheras-. Al atardecer salía de su lujoso hotel con varios pliegos de papel emborronados, repletos de tachaduras, y nos leía el insatisfactorio resultado, que nosotros escuchábamos con deferencia -debo confesarlo- pues sabíamos que, a continuación, iba a insistir en abonar la ronda. «Dejen, por favor, a mí me sobra el dinero...», solía decir cuando alguien hacía el amago de pagar.

Marie, la otra hija de Mallarmé, se alegró de que aquella noche no apareciera Verlaine por el apartamento de la calle de Roma. «Tiene un olor muy fuerte...», solía susurrar la chiquilla. Era ya verano, sería quizá el 10 de julio. Recuerdo que la viuda de Manet, la pintora Berthe Morisot -que fallecería unos meses más tarde-, hablaba con el crítico Mauclair cuando el joven Lévy se nos acercó.

-Redon, quisiera hacerle una propuesta... Ruego me disculpe si no es de su agrado...

-Adelante, el mejor modo de saberlo es que me la explique -le respondí con sorna.

-Verá, mi padre está decorando su nuevo castillo. Hasta hace poco vivía en la ciudad de Burdeos, donde usted nació, si no me equivoco...

-No se equivoca, continúe, por favor.

-Verá, mi padre adquirió el castillo en una subasta instada por los acreedores del marqués de Pantenac, cuya familia había sido propietaria del lugar desde el siglo XVI. Y aunque ha comprado también el mobiliario, desearía decorar el lugar a su gusto, con obras de grandes artistas actuales.

-Entiendo...

-El caso es que le ha pedido tres grandes óleos de tema bíblico al gran Gustave Moreau, pero debido a su avanzada edad el maestro ha declinado el encargo.

-Comprendo...

-Usted es de Burdeos y pasa los veranos junto a la señora Redon y a su hijo en una propiedad familiar próxima a esta

ciudad: Peyrelabade, si no me equivoco. Pantenac está a tan sólo tres leguas. Podría ir usted a pintar al castillo por las mañanas y nuestros carruajes lo llevarían de vuelta a su casa después de mediodía. Yo residiré allí durante el mes de agosto. Mi padre estaría dispuesto a pagarle cinco mil francos.

-Entiendo... -afirmé de nuevo. El enunciado de la cantidad me había dejado helado. Noté el embarazo en el rostro del joven al ver mi expresión de fingida indiferencia. Probablemente, él también habría sido el emisario de su padre en el fallido encargo a Moreau y ahora temía recibir una segunda negativa.

-Le he oído decir que últimamente está usted más interesado por el color y por la pintura, tras alcanzar la maestría en el grabado y la litografía...

Trataba de adularme para evitar mi rechazo, y sonrió esperanzado al oírme.

-Le agradezco su oferta. Sin duda, resulta interesante... pero debo consultarla con la señora Redon.

-Por supuesto, amigo mío, ¡no faltaba más! ¿Qué le parece si nos tomamos una copita de Mariani?

Los ojos de Lucien eran los de un joven alcohólico. Yo decliné la invitación, nunca me ha gustado perturbar mis sentidos, a diferencia de otros amigos escritores o pintores. Así que le dije que con mucho gusto le acompañaba, pero que bebiera él solo, a la salud de los dos. No puso reparo a mis palabras y agotó el vasito de vino antes de sacar de la levita uno de sus pliegos de papel, que contenían el poema

«La muerte de Sardanápalo», escrito la noche anterior, en estado de embriaguez, para así acceder a ese estadio de la realidad y del arte más allá de nuestra percepción...

Todavía recuerdo el disgusto en la cara de Mallarmé, quien miraba de reojo a la señora Morisot tratando de averiguar el grado de su aburrimiento. El poema era una vulgar copia del de Lord Byron sobre el mismo tema, pero al poco de terminar la declamación de aquellos folios con manchurriones de vino y de tinta, el criado negro de Lucien entró en el apartamento de la calle de Roma con una gran cubitera repleta del mejor champán de Reims e hizo que todos olvidáramos a Sardanápalo.

Aquella misma noche le escribí a Camille contándole la oferta. Su respuesta no se hizo esperar, varios días más tarde recibí la siguiente carta.

Peyrelabade, 15 de julio de 1894

Querido Odilon:

No sabes cómo me alegra que te ofrezcan semejante suma. Recibe mi enhorabuena y todo mi apoyo ante tamaño encargo, y además, ¡qué bien!, ¿no? Tan cerca de casa que hasta puedes volver por las tardes para estar con Arï y conmigo. El dinero vendrá muy bien, sin duda, para pagar las deudas de Peyrelabade, y podrás desarrollar esa pasión por el color que tienes últimamente.

Te esperamos, ven en cuanto puedas...

Tuya,
Camille.

Resultaba evidente que Camille era eminentemente práctica, pensé al terminar de leer la escueta carta. Yo le había escrito a ella largos párrafos acerca de tamaño

encargo. Nunca había pintado al óleo telas de semejantes dimensiones y le expresaba mis dudas. «¿Seré capaz de hacerlo?», escribí más de una, dos, tres veces. «Quizá debo rechazarlo y punto.» Luego reflexionaba sobre el hecho de que hubieran pensado en mí tras la negativa de Moreau y me sentía obligado a aceptar, aquello me proporcionaría renombre. Podía fotografiar las pinturas y mostrarlas en París al otoño siguiente a burgueses con villas... Pero a continuación volvía a dudar...

Camille, en cambio, me respondía con una escueta carta que más bien parecía un telegrama, donde daba por hecho que yo iba a aceptar. Ni siquiera hacía alusión a mis dudas y sí a la suma de dinero, la cual yo ni siquiera llegaba a mencionar en mi largo pliego de papel.

Todavía estaba allí, sentado en la butaca de terciopelo granate, pensando en el marqués despojado de su castillo, cuando Lévy irrumpió en el zaguán cual paquidermo. Era un tipo voluminoso. Vestía levita, chaleco, corbata, camisa blanca inmaculada y un curioso sombrero de paja de color blanco, de ala ancha y con una cinta de seda de color negro.

-Señor Redon, encantado de conocerle.

-Lo mismo digo, señor. -Nos estrechamos las manos.

-Lamento que mi hijo no haya podido venir a recibirle... - Al fin alguien se disculpaba por la ausencia de Lucien-. Sin embargo, su presencia no será necesaria. Me complacería mucho que aceptase una copa de vino del castillo...

Los viñedos de Pantenac, antaño excelentes, habían declinado debido a la dejadez del último marqués, quien se había endeudado hasta las cejas con la banca Lévy... «Sin embargo, hemos podido recuperar la cosecha. Me siento orgulloso de ella.» Con la gran copa en la mano, David Lévy puso su cara de jabalí. El señor Legrand nos había servido en bandeja de plata sendas copas de cristal labrado en un gran comedor recubierto de alfombras persas. Tuve la impresión de no pisar el suelo, de que la lana de la alfombra era, en realidad, una especie de nube. Incluso me pareció que Legrand, al marcharse, hundía sus pies en ovillos gigantes y se precipitaba en un abismo de lana.

Observé tres grandes paredes completamente vacías junto a grandes ventanales desde los que se divisaban los castaños centenarios del jardín. Las ventanas se encontraban abiertas, a través de ellas penetraba el canto de las cigarras. De una gran caja de madera sobre la mesa del comedor, extrajo un gigantesco cigarro que encendió con ayuda de una esquirra de madera. No sé por qué, mientras se demoraba en hablar, imaginé el castillo pasto de llamas gigantescas.

-Vayamos al grano, señor Redon, somos gente ocupada en nuestros respectivos asuntos -afirmó, y soltó una nueva risotada. Pero su risa distaba mucho de ser como la de Paul Verlaine, el príncipe de los poetas. Si la de éste era enfermiza, casi un estertor que anunciaba su temprana muerte, la de Lévy, en cambio, era salud, vitalidad, estruendo, era casi como un coro wagneriano-. Verá, este

salón quisiera dedicarlo a organizar cenas con mis amigos más queridos, y con aquellas autoridades de Burdeos o de París que vengan a visitarme. Por eso quisiera decorarlo con esmero, pero también al gusto actual, con un toque de desenfado que facilite los negocios, usted ya me entiende...

Yo no entendía ni palabra, y lo peor era que me sentía ya levitando. La alfombra persa, de gruesos y apelmazados hilos de lana, me había ido propulsando hacia arriba, como si yo mismo fuera una aparición, o un ángel sin alas. Igual todo lo que cuento es una nimiedad y simplemente me encontraba mareado, pero soy incapaz de precisarlo. Así como con la imaginación viajo constantemente, los viajes reales siempre me han aturdido. Llego a un lugar y me siento inerme, vulnerable, se me taponan la nariz, me mareo y debo tenderme en una cama. La pobre Camille es muy comprensiva conmigo. Suele sentarse a los pies del lecho, recogiendo la falda con la mano, y me airea con su abanico. Y entonces, conforme recibo el aire fresco, conforme veo su cara criolla de la isla Reunión, entrecortada por el aleteo del abanico, esa cara tranquila me transmite paz y comienzo a sentirme mejor. Pero hoy no la he visto. No pude pasar por Peyrelabade, tuve que venir con urgencia desde Burdeos hasta aquí...

-¿Se encuentra bien, Redon?

-Sí, sí, no se preocupe... -Fingí.

-Pues bien, como iba diciéndole: desenfado... Quien crea que los grandes negocios se logran sin desenvoltura, sin desparpajo, es un perfecto necio. -Estalló en otra de sus

risotadas, que lograban enervarme cada vez más, y continuó hablando abruptamente-. Para esa pared quisiera una Betsabé; para aquella otra una Judit y para la principal, cómo no, una Salomé: las tres mujeres más bellas de la Biblia... ¡Legrand! -vociferó el banquero-, ¡traiga más vino, por favor!

Yo apenas había rozado mi copa con los labios, pero él apuraba ya la suya cuando el mayordomo se presentó de nuevo en el gran comedor. Mientras lo miraba servir a su señor, imaginé que mi copa era el cáliz de Cristo. La imaginé desprenderse de mis dedos y elevarse lentamente en el aire, en una luz sobrenatural.

-Vaya pensando en cómo ejecutar el encargo, amigo mío. A mí me gustarían las mujeres con poca ropa... Usted ya me entiende... -repitió, y se sucedió la enésima carcajada de la mañana-. Ahora debo marchar a Burdeos, los negocios me reclaman. De hecho, ya llevaría una hora en la bolsa de no ser por su visita. Suelo salir al alba en mi carruaje. En breve adquiriré también uno de esos vehículos a motor tan de moda.

El cochero, que acababa de llegar con su fusta avisado por el mayordomo, enarcó las cejas al oír las últimas palabras de su señor.

-Legrand, organice un almuerzo para mañana, hoy ya es tarde... -Sacó del bolsillo del chaleco su reloj, cuya cadena de oro colgaba del pecho-. Los invitados seremos la señora Lévy, el señor Redon y yo mismo. Si el señorito Lucien pudiera asistir, invítele también. Disponga una alcoba para

nuestro huésped, por si desea dejar allí su equipaje de mano, y por si algún día, enfrascado en su trabajo, no desea volver a Peyrelabade y prefiere pernoctar aquí. Porque ése es el nombre de su finca, ¿no es así, Redon?

Asentí. Lévy se marchó con el cochero. Yo caminé tras los pasos del mayordomo, quien me presentó a su esposa, la señora Legrand, que ejercía de ama de llaves. Muchos días después sabría que Pantenac era como una empresa capitalista donde trabajaban decenas de personas que resultaban invisibles. Las doncellas, las cocineras y las limpiadoras vivían en el sótano. En cuanto a los jardineros, mozos y viticultores, vivían en unos chamizos alargados, al extremo del jardín. Así me lo contaron más adelante, pues yo ni siquiera llegué a ver los chamizos. Salvo por la presencia inevitable del cochero, el señor y la señora Legrand eran los únicos empleados visibles del castillo. El resto, decenas de seres a nuestro servicio, eran meras presencias que se dedicaban únicamente a asegurar la comodidad, la perfección, la limpieza, el ornato del lugar. Todos ellos dirigidos por la mano firme de Legrand, auténtico gerente de aquella empresa quimérica.

Cuando se cerró la puerta de mi alcoba y vi mi equipaje de mano sobre la butaca me desmoroné por completo. ¿Quién demonios me mandaría a mí aceptar el encargo de los Lévy? Su autor no había tenido la decencia de venir a recibirme. Ni siquiera se encontraba en ese momento en el castillo. Me había dejado solo frente al patán de su padre, un burgués enriquecido de la peor estofa, alguien que sabe

de arte lo mismo que yo de ingeniería civil. ¿Quién demonios me mandaría aceptar? Camille contestó de inmediato a mi carta, dando por hecho algo que yo dudaba en demasía. Pero no voy a echarle la culpa a ella, pobre. Sin duda, la culpa la tenían los cinco mil francos. No era que a Camille le importara el dinero, en absoluto. Pero sabía lo mucho que sufría cuando mi madre y mis hermanos, Ernest y Gaston, me amenazaban con la venta de Peyrelabade debido a las deudas. Aunque Pantenac se encontrara tan cerca de Burdeos, no tenía la menor gana de ir a visitarlos. Seguramente tendría que hacerlo, claro, pero no me apetecía nada saludar a ese personaje altivo que es Ernest, pianista que se cree el mismísimo Robert Schumann. Ni tampoco a Gaston, quien satisfizo los deseos de nuestro padre de tener un hijo arquitecto. A mí, en cambio, que fracasé en el ingreso en la Escuela de Bellas Artes, siempre me han considerado un fracasado, un autor de grabados incomprensido.

Sentí la necesidad de tumbarme en la cama con dosel, frente a la chimenea de aquella alcoba circular que me habían asignado. Todo me daba vueltas: el ventanuco, la chimenea, la mesa minúscula, la silla de madera frente a ella...

No debería haber aceptado. Sí, era cierto que en los últimos años me veía impulsado más que nunca al óleo, al color, pero carecía de experiencia, y de pronto me vi en la tesitura de afrontar tres grandes telas de tres metros de alto por dos de ancho.

Lo mejor, sin duda, era reconocer el error y marcharme. Ciertamente que Lévy habría perdido tiempo por mi culpa, pero, al fin y al cabo, aún no había cobrado ni el anticipo prometido, pues no llevaba en ese momento efectivo, el cual me entregaría por la noche. Aprovecharía ese momento para declinar el encargo y marcharme. Sí, dormiría allí y al día siguiente, a primera hora, pediría un transporte que me llevara a Peyrelabade, junto a Camille y a mi hijo Ari. Sentí de pronto que cada día que pasara me alejaría de ellos, se perderían en mi imaginación. Y eso que llevaba una fotografía de ambos que acababa de sacar y había colocado sobre la mesita de noche, justo antes de tumbarme en la cama y de que todo comenzara a darme vueltas, justo antes de empezar a pensar cómo ejecutaría el dichoso encargo.

Evidentemente, el banquero era un tipo lascivo que pretendía ver en sus paredes a mujeres de la Biblia desnudas, con la excusa de representar los textos sagrados. A buen seguro habría leído también *A contrapelo*, la novela de Huysmans que me hizo famoso, y de ahí que contactara con Moreau antes que conmigo: sin duda soñaba con su Salomé danzando frente al rey Herodes; o con una Betsabé de su pincel bañándose en cueros frente al rey David; o con una Judit enjoyada para cenar con Holofernes: presidirían su salón masculino. Le hubiera gustado que las pintara Moreau y no yo. Fue el desaparecido Lucien quien le convenció del encargo.